

28 Martín Heidegger y nuestro tiempo

Martín Heidegger nació en 1.889 en una región de la Selva Negra de Alemania. Fue siempre amante de la belleza austera de su tierra montañosa. Se educó como católico y durante cierto tiempo fue novicio de la Compañía de Jesús con el deseo de llegar a ser sacerdote jesuita. Al morir, a los 87 años, dejó listos para publicar los 70 volúmenes en alemán de toda su obra y pensamiento.

Antes de desarrollar su propio pensamiento, aprendió bien la escolástica y pasó por la experiencia del neo-kantismo y de la fenomenología de Husserl, de quien fue gran admirador y a quien dedicó su obra maestra *Ser y Tiempo* publicada en 1927. Heidegger tuvo siempre una enorme influencia sobre los existencialistas. Aunque se diferenció radicalmente de Sartre, ambos fueron filósofos de la existencia y no de la esencia de las cosas. Su intento fue dar una respuesta a la pregunta: ¿Qué es existencia? ¿En qué consiste el ser de la existencia?.

Según palabras del propio Heidegger, la filosofía de Sartre "no tiene la más ligera cosa en común" con la suya. Para Sartre, el hombre es todo. Para Heidegger, el Ser es lo que más cuenta. Para Sartre, la libertad interpreta y crea todo. Para Heidegger, el Ser es necesario para dar inteligibilidad a la libertad humana. Tampoco concibe Heidegger al hombre como solo en el universo sin sentido. El hombre no está solo. El Ser es su elemento. El centro de gravedad filosófico no es, pues, el hombre sino el Ser. De este modo, lo que importa sobre todo no es un análisis de la situación subjetiva del hombre, sino su vinculación con el Ser mismo.

Su pensamiento sobre el Ser

Una de las grandes tragedias de la vida contemporánea es el hecho de que el Ser ha caído en el olvido. Esta situación condena al hombre a la confusión. Porque el Ser es enteramente la realidad trascendente. El Ser es el que condiciona las cosas que existen y sin embargo, no es creado por ellas. Es el Ser quien llama al hombre hacia sí mismo y coloca al hombre donde él está.

Desde el momento en que el hombre es libre, puede rechazar su destino y hacerse el sordo a su vocación. Todo hombre tiene que hacer una elección. Puede hacer de sí mismo una cosa entre otras, subordinando su identidad a la identidad de las cosas. O puede escogerse a sí mismo auténticamente, luchando siempre por no ser inauténtico, por no convertirse jamás en una cosa. Puede aceptar su llamada al Ser. Puede sacrificarse por el Ser y vivir con un humilde acto de acción de gracias hacia el Ser.

El problema del hombre moderno es que demasiado a menudo se busca a sí mismo en la complejidad y superficialidad de la vida moderna. Se preocupa con los asuntos de cada día perdido en el anonimato de las cosas que existen. Nadie sabe quién es él mismo ni tiene preocupación alguna por sí. Ha remplazado la atención o el cuidado de sí mismo por una inauténtica preocupación.

El hombre, insiste Heidegger, es hecho para algo más que eso. Es el ser-en-el-mundo. Su dignidad está por sobre todo encarecimiento. Es, sin embargo, una dignidad que puede existir sólo en intimidad de relación con el Ser. Todo interés humano debe sacrificarse a favor de la salvación de la verdad de Ser. No hay otro camino excepto la superficialidad, la inautenticidad, la identidad con las cosas. Todos nosotros somos peregrinos en busca de la casa paterna, vagabundos en los alrededores del Ser. Es preciso que lleguemos a casa, aunque podemos preferir -puesto que somos libres- estar sin hogar. Si el hombre rechaza la gracia de la llamada del Ser, siempre será un viajero. Aunque el Ser es siempre un misterio, aunque nunca se revela por completo a sí mismo, sin embargo no está oculto para siempre. El único camino para traer al hombre moderno a una conciencia de su vocación es crear en él una preocupación hacia las cosas rectas.

Los auténticos intereses humanos

Heidegger nos recuerda que no sólo la conciencia es la que produce en nosotros ansiedad. Hay otros factores también: la brevedad de la vida y la amenaza de la muerte.

El hombre debe hacer frente al tiempo con la propia actitud. La conciencia y la culpa, la muerte y el no-ser urgen al hombre en el tiempo. Tiene únicamente bastante tiempo para ser él mismo. Si vive inauténticamente, entonces el futuro no significa más

que lo que vaya a suceder, y el pasado significa sólo lo que se ha hecho, lo que se ha vivido, irreversiblemente. Cuando el futuro se ve solamente como *viniendo* y el pasado como *ido*, ya no se resuelve el presente. Si el pasado habla al hombre de culpa y el futuro de exigencia, entonces el presente está lleno de determinación. Así es como deben ser las cosas. Porque el hombre no es una substancia únicamente, sino un centro de responsabilidad para su propia naturaleza. Es sólo verdaderamente humano cuando acepta la responsabilidad de desarrollarse hasta la madurez. Su más difícil preocupación debe ser esta diligencia por llegar a ser verdaderamente humano.

El hombre, entonces, se desenvuelve en medio de esos intereses auténticos: la vida es más que una existencia de cada día; la conciencia y el tiempo apremia y anima al hombre. Al vivir, el hombre se da cuenta de que la muerte está siempre cercana, que el hombre es un ser con *sein* ido hacia la muerte (*sein zum tode*). La muerte es realizar su inevitable experiencia. Y es una experiencia que él personalmente debe realizar. Llega un momento en el que el hombre ya no puede decir "todavía no", "otra vez será", "más tarde", "que sea otro", "yo no".

La muerte

La muerte es otra de las auténticas preocupaciones del hombre. También esto puede llevarlo a su propio descubrimiento. Pero el camino que lleva el hombre de cara a la muerte, es equivocado: dice "muere la gente", sin identificar a la gente, cuando en realidad debería decir "yo", yo muero. En lo referente a la muerte, nadie puede tomar mi puesto. Yo tengo que hacer mi propia agonía. Y la muerte indica no ser ya más. Corta todas mis relaciones hacia el mundo y hacia el resto de los seres humanos. Me lanza dentro del no-ser. La muerte me enseña que así como otras cosas han dejado de existir, así debe pasarme a mí. La muerte me dice que toda vida es un vuelo hacia el no-ser. La existencia humana es un momento breve de luz, algo de Ser que se emplea para existir aquí. El Ser lanza al hombre a la existencia, le hace guardián del ser, lo llama a la vida auténtica, lo llena con miedo de muerte y luego se aparta del hombre abandonándolo en un vacío de no-ser.

La muerte es, pues, una realidad enigmática, es mi suprema posibilidad pero es al mismo tiempo el límite de todas mis posibilidades. Un hombre que cae en la cuenta de que existe para morir no puede poner un interés especial en ningún otro acontecimiento. El hombre debe encararse con la muerte en cada momento y cada día. Debe plantarse ante la Nada, sabiendo que algún día él será nada, ninguna-cosa, no-ser. Inesperadamente la muerte cae sobre el hombre. En consecuencia, no puede postergar su interés por la muerte. Debe estar siempre preocupado por ella. Vivir, en ese sentido, es salvarse a sí mismo de perder la existencia en la ambigüedad, en la curiosidad y la charlatanería.

Dios para Heidegger

Un tema final en el pensamiento de H. es la pregunta: "¿Qué hay de Dios? ¿Hay Dios? ¿qué puede hacer Dios por el hombre? Heidegger rehúsa responder a esta cuestión. Dios, pretende él, le es dado al hombre en una experiencia religiosa no en un análisis filosófico. La filosofía nunca puede nombrar a un Absoluto que ella encuentre, a Dios. El filósofo simplemente no sabe de Dios. Dios está siempre oculto para la filosofía. La filosofía pretende que Dios no es Ser; que si El existe, es más y diferente del Ser que es incumbencia de la filosofía. El Dios de Aristóteles y Tomás de Aquino no es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Heidegger nunca se pregunta por una cuestión que la filosofía debe meditar: ¿hay alguna clase de relación entre la idea religiosa y la metafísica de Dios? No se pregunta si no podrá haber varias entradas a la misma realidad. Concluye que "el Ser es finito en esencia" y excluye a Dios de su consideración.

Todo esto sin embargo, queda como cierto. Si Dios existe, el hombre contemporáneo no puede encontrarlo. Porque el hombre moderno ha perdido el sentido de lo sagrado. Ha renunciado a vivir en veneración; no ha vivido la vida como una consagración, y lo que es sagrado se ha retirado y escondido de él. El hombre necesita lo sagrado para vivir en plenitud y por eso está confundido. Lo que-es-santo no está ausente por completo, pero el hombre no está enterado. La crisis contemporánea viene, en parte, de una pérdida de fe. El siglo nuevo está cogido entre un mundo muerto y un mundo nuevo todavía sin nacer. Los viejos dioses han sido olvidados, y el Dios del futuro todavía no nos ha llegado. Esta tensión entre el *ya-no-más* y el *todavía-no* caracteriza el

tiempo, la cultura, la religión, la filosofía. En medio de esta época, nos ha asignado el destino cuatro tareas: recobrar de nuevo el verdadero sentido de Ser; sentir otra vez la santidad en la vida; tratar de encontrar la divinidad.; definir la palabra Dios.

Juicio sintético

Hay, pues, muchas virtudes en el pensamiento de Heidegger. El nos ha demostrado que la existencia es un peregrinar y una vocación. Pone la libertad en una perspectiva más sana que Sartre. No solamente la libertad, sino también el tiempo, la muerte, la culpabilidad, la conciencia y el mundo ayudan al hombre a encontrarse. Heidegger acusa incisivamente la insignificancia de tantos intereses irreales del hombre y las pretensiones vacías del hombre moderno. Nos da un análisis apasionante del hombre contemporáneo y los problemas del siglo que termina. Y habla de tal manera que nos convence de que el Cristianismo se puede expresar fácilmente a través de categorías heideggerianas.

Uno vacila, sin embargo, ante el pensamiento de Heidegger. Su concepto de la muerte es demasiado definitivo y destructivo para ser aceptado. Su prescindir de Dios atormenta a un católico: el hombre no necesita ser ignorante en materia filosófica ni atrofiado metafísicamente ante Dios. En cambio, es consolador ver a Heidegger insistir en que Dios no es solamente el superlativo de lo que es, no solamente otro ser, sino distinto y divino. Al leer a Heidegger, no podemos remediar el deseo de que ojalá hubiera empleado el concepto de analogía en su descubrimiento del Ser. Y a pesar de todo su silencio y ambigüedad relativas a la existencia de Dios, parece no haber agnosticismo real sino expectación en su pensamiento. No es Viernes Santo sino Sábado Santo el mundo de Martín Heidegger.